



III.

Hombres y Principios en Lucha.—Infidencias y Traiciones—La Invasion Americana—Un Crimen.—Santa Anna.—“Guerra de Reforma.”—Caudillaje.—Heroes.—Consecuencias.—Traiciones.

Héroes hay allí, sin duda alguna, espíritus impoluctos que sobrenadan en el inmenso mar de pasiones efervescentes, y que caen con las cabezas cercenadas, ó bien se sumergen en el olvido; hay también gladiadores que se convierten esforzados en adalides de la causa redentora y que todo lo consagran en aras de regeneradores principios: héroes, verdaderamente héroes, que caen envueltos en la bandera de la civilización.—Aquí y más allá descuellan republicanos, estadistas con arreos marciales, ó verdaderos apóstoles de paz, que lanzan clamor estridente y se hacen escuchar en medio de la algarabía y el desorden; si, por dicha nuestra, todo eso puede encontrarse en los anales patrios del último siglo.

Pero, si cierto es lo que antecede, en cambio, ¡cuántas ambiciones insanas! ¡Cuántos odios fundados en el más deplorable egoísmo! ¡Cómo vemos á aquellos hombres, caudillos valientes, aunque malos patriotas, como José Yáñez y Paredes Arrillaga, levantar el pendón re-

volucionario en los momentos mismos en que el Ejército Invasor batía y dispersaba las fuerzas de Arista, en la frontera septentrional de nuestra República!—Y el drama de la invasión se formaliza. Ya no es sólo la Frontera Norte la que crepita al paso de las caballerías vencedoras. Tampico, Veracruz, Chihuahua y California sufren igual amenaza. ¿Qué hacen para conjurarla nuestros caudillos?

Un hombre de talla, el ilustre liberal Gómez Farías, ocupa la Presidencia de la República. Santa Anna, el funesto Cojo de Veracruz, ha sido derrotado, por imprevisión y estupidez, en la Angostura; pero ¿qué ha pasado entretanto en la Capital? ¿Se hacen allí esfuerzos, milagros, si era posible, para obstruir el paso á los Ejércitos triunfantes? ¿Gala se hacía de derroches de patriotismo?

¡Ah, no; nada de eso! ¿Quién busca patriotismo entre las chusmas revolucionarias, que ya no saben ni á quien obedecen, ni por qué pelean? ¿Queréis saber lo que acontecía en la Capital?—Oídlo: Gómez Farías había acudido al Clero, solicitando su ayuda para proveer á la defensa de la Nación, pues las arcas del Tesoro estaban casi exhaustas.

El decreto de 5 de Febrero, por el que se facultaba al Ejecutivo para que se proporcionase cinco millones de pesos, con garantía de bienes pertenecientes á las comunidades religiosas, (en lugar de los 15 millones con an-

terioridad votados por la Cámara Constituyente,) produjo no ya tan sólo protestas de las altas dignidades eclesiásticas, sino uno de los crímenes más negros de que se avergüenza nuestra historia revolucionaria.

Los *Polkos*, esto es, las compañías de reclutas que protegían la Capital, mientras Santa Anna “batía y derrotaba al Invasor,” se pronunciaron la noche del 22 de Febrero. . . . ¿Contra quién? ¿Contra el enemigo extranjero?—No, contra uno de los más honrados hombres públicos de aquel tiempo, ¡contra Gómez Farías, esto es, contra el presidente, como si dijéramos, dado lo angustioso del instante, contra la misma Patria!

¿Y qué había hecho Santa Anna?

Ya sabemos que no había *derrotado* al contrario, ni mucho menos, sino que, por impericia había sacrificado criminalmente el Ejército que Herrera—sin cordura ni recelo—puso bajo su mando. Mas, poco le importó el haber sido vergonzosamente derrotado; y, con las tropas que le quedaban, desfiló hacia la Capital,—donde al fin obtuvo dos *triunfos* poco envidiables, es á saber, depuso á Gómez Farías y desertó del campo de los liberales para resellarse *moderado*.

Y no terminaron allí las deslealtades, las traiciones, el impudor militar, la falta de amor patrio de aquellos hombres contaminados hasta la médula de los huesos por el virus revolucionario.

Léanse con detenimiento esas páginas aciagas y dí-

gase si todavía es posible llevar más allá la deslealtad, el brutal egoísmo y la perversión de criterio moral, que son amargos frutos de las revueltas políticas.

Se me dirá que en la *Guerra de Reforma* se luchó por principios, hubo grandes ideales y que tras de cada caudillo había una conciencia. Bien, con ciertas salvedades y distingos, pudiera concederse la verdad de ese aserto;—con tal que la memoria de represalias horrendas no venga á entenebrecer el cuadro, ;con tal que las sombras de Valle, Degollado y Ocampo permanezcan mudas en sus sepulcros ensangrentados!

La verdad es que aquello fué una verdadera orgía de buitres. El esqueleto, ó mejor dicho, el cadáver, fué la exangüe y maltrecha “Virgen del Anáhuac,” como la llamaban los poetastros; la cual, gracias á la benevolencia de sus dioses protectores, gozó del privilegio singular del pariente de Júpiter, es á saber: sentir, sufrir impunemente, que no ya uno, sino cien buitres la desgarrasen continuamente las entrañas, aferrándose á una vida inmortal, que, cuanto más intensa, más en ella se intensificaban los dolores y agonías.

Aún hay más: la *Guerra de Reforma* produjo á los decepcionados y traidores de la Intervención y del Imperio.

¡La Intervención! ¡El efímero y cruel Imperio!
¡Qué mundo de aves negras surgen en el horizonte histórico de aquellos días!—; Almonte, Cobos, Miramón,

Márquez, desencuevados y brotando de los escondrijos donde se guarecieron después de Calpulálpam!

Caudillos por todas partes. Descontentos políticos del gremio militar, evolucionados en traidores del gremio bandidezco.

Hombres sin fe ni ley, tránsfugas de todos los partidos y provistos de todos los crímenes—menos el de la cobardía—vendían sus aceros al enemigo de la Patria. . . . Conspiraciones sordas, en las que se llamaba “cansancio político” al patriotismo anémico. . . . Procesiones churigueras, ó más bien, bizantinas, como las descritas en *La Agonia de Lombard*, en las que desfilaban todos los detritus morales humanizados—Ignorantes, Fanáticos, Corruptores y Corrompidos—en mezcla híbrida con tristes víctimas inconscientes de un pervertido criterio religioso. ¡Timoratos que marchaban á tientas, tropezando con sus propias conciencias á cada paso. . . . ! Y en el fondo de ese cuadro, el humo y resplandor siniestro de las descargas, el tufllo á cadáver esparciéndose por todos los ámbitos de la República. . . .

Es verdad, sí, hubo héroes, muchos héroes—yo mismo he encomiado sus altos hechos, con el orgullo depurado de quien sabe que no se puede amar verdaderamente á la Patria, sin rendir tributo espontáneo y completo á cada uno de sus hijos que la dieron días de gloria.

Muchos héroes hubo y hombres que merecieron la

gratitud de la Nación, que sangrando arrancaron de las garras del traidor y de la Intervención Francesa. Pero, ¿hubieran sido *necesarios* esos sacrificios cruentos, y rasgos de aterrador heroísmo, hubiera *precisado* ensangrentar el país y convertir las cementeras en pudrideros de cadáveres, si una larga serie de revueltas intestinas no hubiese preparado *necesariamente* el atentado contra nuestra nacionalidad, ó, al menos, contra nuestro modo de ser político?

Los desmanes de los caudillos de la guerra de Independencia, trageron las intervenciones de Joinville y de Barradas; las revoluciones del período santanescos, hicieron posible y aún inevitable la Invasión Americana; la sangre profusamente derramada en la *Guerra de Reforma*, intensificando odios y desesperaciones, trajo como corolario la *Guerra de Intervencion*. . . .

Paremos aquí.—¿Habrá quien se atreva á arrojar más combustible en ese infierno, sin que la conciencia le grite “¡TRAIDOR! . . . ? ¿Y será que no tiembla la mano que señala la Patria al enemigo?

